

LITERATURA TESTIMONIAL ESCRITA POR MUJERES DURANTE LA TRANSICIÓN: MONTSERRAT ROIG, ESTHER TUSQUETS, ROSA MONTERO Y LOURDES ORTIZ

Leticia Blanco*

*King's College London, Reino Unido. E-mail: leticia.blanco@kcl.ac.uk

Recibido: 4 junio 2018 / Revisado: 18 septiembre 2018 / Aceptado: 20 octubre 2018 / Publicado: 15 junio 2019

Resumen: Este trabajo pretende hacer una contribución desde el lado opuesto a la universalidad de lo masculino, recreando una nueva lectura del proceso de Transición a partir de la literatura testimonial, destacando los textos y novelas de autoras como Montserrat Roig, Rosa Montero, Lourdes Ortiz o Esther Tusquets. Se trata de una aproximación a la literatura de la Transición en términos diferentes, llevándose a cabo para ello, el estudio de dos elementos principales: Por un lado, la representación que hacen estas novelas del consenso a través de los “hombres de la Transición” y el contraste entre el triunfalismo de estos frente a otros sectores marginales; y por otro, la manifestación de una literatura que debate el discurso hegemónico del periodo de una manera que es aun del todo notable. Novelas que denuncian que los grandes excluidos del proceso de transición, la mujer en general y la población más marginal en particular, sean precisamente aquellos que batallaron por hacer posible la llegada de la democracia en España.

Palabras clave: Transición democrática; España; literatura; mujeres; movimientos sociales

Abstract: This work pretend to make a contribution from the opposite side to the universality of the masculine, recreating a new reading of the Transition process based on testimonial literature, distinguish texts and novels by authors such as Montserrat Roig, Rosa Montero, Lourdes Ortiz or Esther Tusquets. It is an approximation to the literature of the Transition in different terms, carrying out for it, the study of two principals elements: On the one hand, the representation that these novels make of the consensus through the “men of the Transition” and the contrast between the triumphalism of these in front of

other marginal sectors; and the other hand, the manifestation of a literature that debates the hegemonic discourse of the period in a way that is still quite remarkable. Novels that denounce that the bigs excluded from the transition process, women in general and the most marginal population in particular, are precisely those who struggled to make possible the arrival of democracy in Spain.

Keywords: Democratic Transition; Spain; literature; women; social movements

Estamos en transición, en un tiempo de cambios que se compara a menudo con el periodo que se conoce como la Transición y que nos llevó de la dictadura franquista a la monarquía parlamentaria en la que aun nos encontramos. Como aquel, este es también un periodo de relatos. Uno de los relatos candentes hoy en día es precisamente el que hace re-cuento de aquel proceso y, aunque para hacerlo se usen diferentes términos (del más habitual “transición a la democracia” a “posdictadura” o “reforma del régimen”), se suele coincidir tanto en el punto de partida –que sin aquella transición no se entiende esta–, como en el de llegada –que no fue aquel proceso tan modélico como nos han querido hacer ver–. A este re-cuento que hoy se hace, más bien (y por fin) estos re-cuentos, me gustaría contribuir de dos maneras: una, señalando un pecado común a la manera de contar de ambas épocas y otra, trayendo una literatura testimonial y de renovación que puso en cuestión el discurso hegemónico de la Transición¹ al tiempo que se estaba construyendo.

¹ El discurso hegemónico está re-presentado aquí especialmente por la labor de *El País*.

La literatura es, siempre lo ha sido, una zona de disputa, un terreno fértil para la discusión de lo personal y de lo político. Ya durante el tardo-franquismo se estaba a la espera de las grandes obras literarias que dieran cuenta de la realidad de la dictadura y de lo porvenir, obras que no llegaban a causa de la censura y que, aparentemente, no acabaron de llegar con el cese de esta. En un monográfico especial de *Ínsula* dedicado a “Diez años de novela en España (1976-1985)” Rafael Conte, crítico literario habitual de *El País*, escribió un artículo con el título: “En busca de la novela perdida”. Allí explicaba este dilema y la decepción que había provocado el hecho de que los autores² no tuvieran realmente nada nuevo que decir una vez muerto el dictador. Es curioso entonces que, un renglón más abajo y sin percibir ningún tipo de contradicción en sus palabras, Conte dijera: “Las mujeres siguen un camino tan impertérrito como real. Dentro de sus imperfecciones son ellas las que parece que tienen algo que decir”³. A pesar de las reservas expresadas, Conte apunta la labor renovadora que estaban realizando las autoras y que él mismo había establecido como necesaria y deseable. Aun así, en lugar de ahondar en ello, el crítico concluye volviendo a aquellos autores que habían reclamado la posibilidad de escribir sin censura, reprochándoles: “Y ahora, ¿qué decimos?”⁴. ¿Olvida así sus propias palabras? En ningún caso se plantea este crítico analizar qué están diciendo esas mujeres para responder a su pregunta.

Lo que se esperaba encontrar y que está supuestamente ausente era una literatura testimonial. Uso aquí el término *testimonial* en el sentido descrito por Vázquez Montalbán cuando se refiere a sí mismo y a su obra como excepción dentro de esta denunciada ausencia. Son testimoniales lxs autorxs capaces de “reflejar la realidad con un aspecto crítico, desde un aspecto crítico”⁵, lxs que escribían desde la convicción de que

² A lo largo de este texto hago un uso consciente y distintivo de los plurales masculino (-os/es) y femenino (-as) y en lugar del masculino genérico opto por una fórmula neutra (-xs) que intenta además romper el esquema binario (os/as). Animo a aquellas personas que suelen resistirse a estas fórmulas a comprobar a través de la lectura su viabilidad.

³ Conte, Rafael, “En busca de la novela perdida”, *Ínsula*, 464-465 (1985), p. 24.

⁴ Idem.

⁵ Vázquez Montalbán, Manuel, “La novela española entre el posfranquismo y el posmodernismo”, en Lissorgues, Yvan (ed.), *La rénovation du roman espagnol depuis 1975: actes du colloque des 13 et 14 février*

los textos eran capaces de influir en la realidad, transformándola. En un artículo llamado “Dulces pero poco útiles” de 1988, otro conocido crítico e historiador de la literatura, Sanz Villanueva, lamenta la desconexión entre literatura y realidad durante los años de la Transición:

“Si [...] un historiador reconstruye, allá por el siglo XXV, cómo fue la vida nacional en estos años constitucionales sobre algunos testimonios literarios [...] la imagen que ofrecería sería bien poco reconocible para quienes los estamos viviendo. [...] En ella difícilmente aparecerían los jóvenes que no dan un duro por su pellejo porque esta sociedad del bienestar –ma non troppo– no tiene un curro que ofrecerles. Tampoco le sería muy fácil reconstruir este acelerado cambio de valores morales que estamos presenciando”⁶.

Es el mismo autor en 2013 el que rescata esta cita para reiterar la falta de literatura testimonial durante la Transición, aunque esta vez con una excepción: la que ofrece la literatura escrita por mujeres. En un apartado donde analiza las primeras novelas publicadas por Esther Tusquets (*El mismo mar de todos los veranos* de 1978) y Rosa Montero (*Crónica del desamor* de 1979), Sanz Villanueva afirma que la aproximación a estas obras (y las de otras escritoras) muestra:

“una abundante materia testimonial [...]: el perfil de la mujer nueva, los problemas emergentes, la sensibilidad inédita para contar vivencias hasta ahora proscritas, los acentos militantes y reivindicativos... Muchos matices de una plural realidad”⁷.

Aunque el crítico se disculpa abiertamente por relegar al final de su capítulo “el que acaso sea el gran fenómeno social del postfranquismo”⁸, su argumento principal no deja de ser que durante la Transición no existe literatura que refleje críticamente la realidad y que dé cuenta de ese acelerado cambio de valores morales que mencionaba como clave para entender el período.

1991. Toulouse, Presses Universitaires du Mirail, 1991, p. 20.

⁶ Cit. en Sanz Villanueva, Santos, “Relatos del Postfranquismo: un apunte y diez fichas”, en Calvo Carilla et al., *El relato de la Transición. La Transición como relato*. Zaragoza, Prensas de la Universidad de Zaragoza, 2013, p. 16.

⁷ Ibid., p. 32.

⁸ Idem.

No es en absoluto infrecuente encontrar en los nuevos relatos sobre la Transición una universalidad representada por hombres, y a las mujeres colocadas entre paréntesis como una excepción. Hablando de la memoria colectiva en *La Transición contada a nuestros padres*, Juan Carlos Monedero afirma:

“Cuando echó a andar el nuevo régimen, no miramos a la Segunda República, no miramos a la guerra civil, no miramos al franquismo, y sólo buscamos el reflejo narcisista, espejo frente a espejo, en una transición enseñoreada de la que sólo se podía aprender resignación y disciplina (es de justicia hacer salvedad de las mujeres, que muy pronto recordaron los grandes avances de que disfrutaron con el advenimiento de la Segunda República: voto, divorcio, igualdad de los cónyuges, capacidad contractual, despenalización del aborto, derechos laborales [...])”⁹.

Personalmente no me sorprende que el “nosotros” de esta cita, de todo el libro en realidad, sea un nosotros masculino si al hacer un breve análisis cuantitativo de su bibliografía encontramos un 6,78% de autoras¹⁰.

Me interesa aquí eliminar este pecado que decía común a ambas épocas, instando a re-contar sin colocar a las mujeres como excepción entre paréntesis. ¿No podríamos decir que cuando echó a andar el nuevo régimen se opusieron varias tendencias?, ¿no podríamos explicar entonces las particularidades de cada una de estas tendencias, quiénes y por qué razones tomaron una u otra? Porque además sería de justicia afirmar que ni todos los hombres olvidaron ni todas las mujeres recuperaron una memoria que fue progresivamente aniquilada en/por el discurso hegemónico.

A las mujeres se nos engloba en la mayoría de campos de estudio dentro de un sub-apartado, dejándonos así fuera de la universalidad. Dentro del ámbito literario se habla de literatura “de mujeres” o “femenina”, cuando no existe su homóloga literatura “de hombres” o “masculina”, lo que perpetúa su exclusión del canon

⁹ Ibid., p. 53.

¹⁰ La bibliografía tiene 224 entradas de autorxs. Eliminando obras editadas o compiladas, documentos oficiales y coautorías, nos quedan 177 entradas de autorxs individuales, de las cuales 165 son hombres y 12 son mujeres (de ahí el 6,78%).

general. En 1984, Esther Tusquets declaraba acerca de este sub-canon: “Es un poco pesado que te encuadren y se hable en un programa de ti casi siempre en el apartado de las mujeres”¹¹. Muchas autoras han rechazado esta etiqueta y han llegado a renegar abiertamente de las teorías y el movimiento feministas para evitarla¹². Esta guetización no solo afecta a las autoras sino también a sus obras. En 2015, Rosa Montero se quejaba del factor restrictivo que este encasillamiento tiene a la hora de interpretar las obras: mientras un protagonista masculino creado por un autor encarna al género humano, una protagonista femenina creada por una autora suele ser entendida exclusivamente como mujer. “Yo no escribo de mujeres, escribo del género humano”, concluye Montero (entrevistada por Javier Gallego en 2015)¹³.

Se trata pues de incluir a las mujeres en el todo (evitando así la irrealidad de un todo parcial masculino) y, una vez hecho esto, analizar a fondo las particularidades de unas, otras y otros. Y no es que esto no se haya hecho antes. Algunxs críticxs y autores, muchxs ubicadxs fuera de España, analizaron la situación con lucidez. Ramón Buckley explicaba los diferentes grados de implicación política en la literatura de autores y autoras de la época. Por un lado, dice, “ellos ya habían ‘transicionado’”¹⁴, explicando cómo a partir de mayo del 68 el compromiso con el marxismo de la mayoría de autores se pone en crisis.

“Lo que se desintegraba para aquellos escritores, no era sólo una determinada ideología, sino el concepto mismo de la Historia. A partir de aquel momento, aquellos escritores se refugiarían en su propia historia (con

¹¹ Cit. en Nichols, Geraldine C., “Ni una, ni ‘grande,’ ni liberada: la narrativa de mujer en la España democrática,” en Monleón, José B. (ed.), *Del franquismo a la posmodernidad: cultura española 1975-1990*. Madrid, Akal, 1995, p. 199.

¹² Ver por ejemplo Vicente, Pilar, “Aproximación a la polémica sobre la ‘literatura de mujeres’”, *Acciones e investigaciones sociales*, 1 (1991), pp. 69-80.

¹³ Para corroborar la actualidad del tema no solo en el estado español, sino en todo el mundo editorial/literario, ver Zas Marcos, Mónica, “El sexismo que solo sufren las escritoras y que nunca cuentan en las entrevistas”, *eldiario.es*, 26 de abril de 2017.

¹⁴ Buckley, Ramón, *La doble transición. Política y literatura en la España de los años setenta*. Madrid, Siglo XXI, 1996, p. 15. El énfasis es mío.

minúscula), es decir, en su propia memoria”¹⁵.

Esto es un fenómeno que afectó principalmente a los hombres porque la Historia con mayúscula es y ha sido escrita por y para los hombres.

En otro lugar¹⁶ he hablado por un lado, de la resistencia al pacto del olvido que algunas autoras ejercen durante la Transición a través de la re-escritura y el cuestionamiento de la H/historia y por otro, de la diferencia entre la escritura metafórica o metonímica del yo que autores y autoras hacen respectivamente. La diferencia entre metáfora y metonimia proviene del estudio que Doris Sommer hace de la escritura testimonial en Latinoamérica, en el que argumenta que mientras los hombres tienden a la autobiografía y a narrarse de manera metafórica, valorando “marginality as a mark of personal distinctiveness rather than as a measure of political inequality”¹⁷, las mujeres tienden al testimonio, adoptando una forma metonímica en la que se produce “a lateral identification through relationship, which acknowledges the possible differences among “us” as components of the whole”¹⁸. Mientras la metáfora sustituye al todo, la metonimia se presenta como una parte de él. En el prólogo a la reedición en 2010 de su *Crónica del desamor*, Rosa Montero ilustra esto cuando afirma:

“*Crónica del desamor* no fue nunca una novela autobiográfica [...]. Pero sí es una novela estrechamente pegada a una realidad generacional. Un retrato en directo de aquellos años ardientes de la Transición. [...] esta novela la hemos escrito de algún modo entre todos”¹⁹.

Comienza entonces para ellos una “pretransición”, dice Buckley, en la que el escapismo es el elemento protagonista. Este deseo de evadirse de la realidad va creciendo durante la Transición

y se manifiesta en una literatura que convenientemente acaba siendo patrocinada por el estado. Las instituciones que emergieron con el régimen democrático usaron tanto los medios de comunicación como la producción artística para su legitimación, creando según Lourdes Ortiz –en un artículo titulado “El escritor y la política”–, “un gigantesco espectáculo de *cultura oficial* adormecida y subvencionada”²⁰. Establecieron así un paradigma cultural que un grupo de analistas ha llamado recientemente CT o “Cultura de la Transición” y que se caracteriza por la falta de conflicto y/o confrontación con los pilares que se construyen durante este periodo y que soportan todavía hoy el establishment del estado español. La CT desactiva los productos culturales problemáticos a partir del monopolio de las palabras ya que, como afirma Guillem Martínez, en un sistema democrático “los límites a la libertad de expresión no son las leyes. Son límites culturales”²¹.

En esos años la literatura era un discurso público influyente y de prestigio. Muchos autores se adaptaron al proyecto político de cohesión en busca de reconocimiento y oportunidades para publicar, y acabaron, en palabras de Juan Goytisolo, en “una limitación y empobrecimiento de su ámbito literario, en una alborotada pero inane celebración del vacío”²². Fueron las obras que no problematizaban dicho proyecto las que entraron a formar parte del canon, convirtiéndose durante mucho tiempo en el epítome literario de la época²³. Sin embargo, hablamos aquí de la tendencia de algunxs autorxs (la mayoría hom-

²⁰ Ibid., p. 84. Énfasis en el original.

²¹ Martínez, Guillem (ed.), *CT o la cultura de la transición: crítica a 35 años de cultura española*. Barcelona, Debolsillo, 2012, p. 14.

²² Goytisolo, Juan, “Memoria, olvido, amnesia, recuerdo y memoricidio”, en Goytisolo, Juan, *Cogitus interruptus*. Barcelona, Seix Barral, 1999, p. 55.

²³ Este escenario es recurrentemente analizado re/creando la idea de que predominaba esto: lo que Aranguren llamó “un nuevo y resignado conformismo, una nueva apatía política” (Cit. en Vilarós, Teresa, *El mono del desencanto*. México, D.F., Siglo XXI, 1998, p. 105; un “subjetivismo acríptico”, según Blanco Aguinaga; “la privatización de la literatura” en palabras de José Carlos Mainer; o el “planteamiento egocentrista del propio material narrativo” del que hablaba Pozuelo Yvancos (estos tres últimos citados en Becerra Mayor, David, *La novela de la no-ideología. Introducción a la producción literaria del capitalismo avanzado en España*. Madrid, Tierradenadie ediciones, 2013, pp. 37-38. David Becerra lo lleva más allá al cuestionar el supuesto carácter no-ideológico de estas obras.

¹⁵ Idem.

¹⁶ Blanco, Leticia, “Undermining the discourse of the Spanish transition: Literary approaches to forgetting, consensus and ‘the new Spain’”, en Davies, Stuart y Uzo de la Fuente, Maite (coords.), *Hispanic Canon*. Oxford: Legenda (en prensa).

¹⁷ Sommer, Doris, “‘Not Just a Personal Story’: Women’s Testimonios and the Plural Self”, en Brodzki, B. y Schenck C., *Life/Lines: Theoretical Essays on Women’s Autobiography*. Ithaca, NY, Cornell University Press, 1988, p. 130.

¹⁸ Ibid., p. 108.

¹⁹ Montero, Rosa, *Crónica del desamor*. Madrid, Santillana Ediciones Generales, 2010 [1979], pp. 12-13.

bres) desengañadxs de la lucha marxista y/o bien avenidos con el nuevo régimen. Otros autores sin embargo –véase el ya citado Vázquez Montalbán–, nunca dejaron de creer en la posibilidad de un cambio histórico desde la izquierda.

Siguiendo el análisis de Buckley, las mujeres no estaban “ni dentro ni fuera del marco político de la transición”²⁴. A pesar de que sus demandas forman parte de la agenda política, ellas no son invitadas a participar activamente en el proceso. Esta posición ambigua y de distanciamiento hace que sean las mujeres las que más implacablemente critiquen el proceso.

“Nace así una escritura –femenina y feminista– que cuestiona los mitos de la transición, incluso la ideología misma en la que esta transición se sustenta”²⁵.

Son aquellas mujeres que toman la palabra para expresar sus reivindicaciones las que revelan y se rebelan contra el carácter “masculino” de la Transición, resaltando así los defectos más flagrantes del proceso de cambio político y social. En 1980, en su colección de ensayos *¿Tiempo de mujer?*, Montserrat Roig lo expresaba con irónica agudeza:

“Cuando se firmó esa especie de compromiso histórico a la española que se llamó Pacto de la Moncloa, los periodistas preguntaron a Santiago Carrillo, líder del PCE, si las cosas habían ido bien. El diálogo fue así: el periodista le pregunta a Carrillo si había habido parto. Y la respuesta del comunista fue que sí y, para expresar su satisfacción añadió: “¡y ha sido varón!” A Santiago Carrillo, hombre de izquierdas y con voluntad de transformar la realidad, el inconsciente le había traicionado”²⁶.

A pesar del análisis que hace Buckley, acertado en mi opinión, la conclusión a la que llega coincide con los anteriores en destacar la ausencia durante el periodo de una labor intelectual que ejerciera de “contrapeso del poder político”²⁷. Pero ¿faltaron realmente voces que apuntaran a que el proceso de transformación estaba sien-

do monopolizado por la clase política y que esta estaba compuesta efectivamente por hombres a los que la historia oficial consolidó como *padres* de ese hijo que fue la Transición?

Mi propósito es contribuir desde el cese de la universalidad de lo masculino a la actual reescritura del proceso de transición a partir de la literatura testimonial y de renovación de autoras como Montserrat Roig, Rosa Montero, Lourdes Ortiz o Esther Tusquets –autoras en principio canónicas pero cuyas obras han sido abordadas desde la perspectiva de “lo femenino” lo cual, como he argumentado más arriba, las sub-aparata–. A continuación examino dos aspectos concretos: por un lado, la re-presentación que hacen del consenso a través de los “hombres de la Transición” y el contraste que muestran entre el triunfalismo de estos y otros sectores marginados del proceso; y por otro, su articulación del sacrificio en términos de violencia política y coste social a la hora de hacer posible la democracia y de cómo este sacrificio también tiene género²⁸. Quiero mostrar con esto una literatura que no evita el conflicto y que cuestiona el discurso hegemónico del periodo de una manera que es aun del todo relevante.

“La primera conclusión que hay que sacar es que la transición se hizo entre todos, y la segunda, que se hizo bien”²⁹, afirmaba Alfonso Guerra en una entrevista. A pesar de que el espíritu de la Transición y del consenso ha perdurado discursivamente hasta hoy – “En este país se hizo un gran esfuerzo en la Transición y hoy, a los españoles, nos toca hacer otra vez lo mismo” decía Albert Rivera en 2016³⁰–, cuando nos acercamos a

²⁴ Buckley, Ramón, *La doble transición...*, op. cit., p. 14.

²⁵ Idem.

²⁶ Roig, Montserrat, *¿Tiempo de mujer?*, Barcelona, Plaza y Janés, 1980, p. 48.

²⁷ Buckley, Ramón, *La doble transición...*, op. cit., pp. 16-17.

²⁸ Subrayo aquí los aspectos de género en sus obras como algo estructural–no individual– y central para entender el período, atendiendo a elementos comunes y no particulares de cada autora (que por supuesto, los hay).

²⁹ Alameda, Soledad, “Entrevista con Alfonso Guerra”, en Juliá, Santos; Pradera, Javier y Prieto, Joaquín (eds.), *Memoria de la Transición*. Madrid, Taurus, 1996, p. 235.

³⁰ Castro, Irene, “Pedro Sánchez y Albert Rivera invitan a su pacto al resto de partidos ‘a izquierda y derecha’”, *eldiario.es*, 24 de febrero de 2016.

algunas obras literarias de la época vemos justamente su cuestionamiento.

¿QUIÉNES SON “TODOS”? ¿SE HIZO BIEN?

La novela de Lourdes Ortiz *Arcángeles* (1986) es interesante al respecto porque ilustra la diferencia entre la realidad y la apariencia del proceso, lo que se hizo visible y lo que no en el discurso hegemónico. La acción tiene lugar en un Madrid algo lúgubre y en su periferia donde contrastan una élite de “elegidos” y el resto de la población que apenas consigue ganarse la vida. “La ciudad es una metáfora; un vertedero de posibilidades que amplifican los transistores; al anochecer los elegidos descorchan botellas de champán y explican el mundo [...]. Los chatarreros recogen restos de palabras y atiborran sus carritos con piezas desguazadas”³¹. Veo en estos elegidos una sinécdoque de los hacedores del consenso que monopolizaron las palabras para explicar/construir el proceso/discurso³² de la Transición.

Frente a los elegidos, en una situación diametralmente opuesta, *Arcángeles* nos describe a los pobladores de una periferia que no es solo geográfica y que forman parte de una generación en su mayoría joven, desempleada y sin recursos, excluida de esa incipiente democracia y de la que dio buena cuenta, entre otras formas de arte, el cine quinquí. En un congreso en la Universidad de Vanderbilt (EEUU) en marzo de 1980, Rosa Montero describía preocupada cómo estxs jóvenes “salen de las escuelas, de las universidades, a enfrentar el paro”³³ y denunciaba que para controlar el incremento en la delincuencia juvenil “al gobierno sólo parece habersele ocurrido el proyecto de bajar la edad penal de dieciocho a dieciséis años”³⁴. La narradora de *Arcángeles*

³¹ Ortiz, Lourdes, *Arcángeles*. Barcelona, Plaza y Janés, 1986, p. 26.

³² Que el plano discursivo jugó un papel vital en el proceso de transición fue un hecho analizado casi de inmediato. Ya en 1984 Rafael Águila y Ricardo Montoro afirmaban que: “El lenguaje que servía de vehículo al discurso político de la transición fue algo más que eso, un vehículo. De algún modo se puede afirmar que la transición fue lo que fue su discurso político, y viceversa” (Águila, Rafael del y Montoro, Ricardo, *El discurso político de la transición española*, Madrid, Centro de Investigaciones Sociológicas, 1984, pp. 1-2).

³³ Montero, Rosa, “La marginación de la mayoría”, en Cagigao, José L.; Crispin, John; Pupo-Walker, Enrique, *España 1975-1980: conflictos y logros de la democracia*. Madrid, José Porrúa Turanzas, 1981, p. 49.

³⁴ Idem. En este congreso, organizado precisamente para evaluar el proceso de transición, participaron

adopta a menudo el punto de vista de Gabriel, un personaje que habita en los márgenes. El tono despectivo y crudo que utiliza Gabriel al referirse a los elegidos perdura a lo largo de la novela y nos ayuda a detectar el constante esfuerzo que estos realizan para construir una apariencia de realidad: “Lo bueno que tiene Madrid, dice, es que se va pareciendo cada vez más a un buen anuncio de colonia para hombres”³⁵. Esta sensación de irrealidad y aparente vacío a la hora de describir a los protagonistas de la Transición es frecuente en las novelas de estas autoras.

En *Crónica del desamor* de Rosa Montero, la protagonista Ana se enamora de Soto Amón, que además de ser el dueño del periódico en el que ella trabaja, también es senador:

“el perfecto play boy de las alturas, que en los fines de semana hace política [...] refinado ejemplar de la clase dominante, viviendo el esplendor de su victoria”³⁶.

Frente a “la *paradoja* del sistema liberal que quiere obviar la confrontación social entre vencedores y perdedores del proceso político”³⁷, en esta “victoria” percibimos claramente la distinción que perdura y estigmatiza durante la dictadura, y que ahora reaparece para señalar que también tiene la Transición sus vencedores y sus vencidos. Más tarde en la novela, le encargan a Ana un reportaje sobre “los hombres de la Transición” y en él los caracteriza como:

“aquellos que no vivieron nuestra guerra y que, sin embargo, fueron educados en la grandilocuencia de la triunfante cruzada, una generación tópicamente perdida que ocupa puestos directivos, una generación brillante que gobierna España y que empieza a encontrarse desprovista de suelo, quizá todo lo que creyó fue mentira, posiblemente-

personalidades tan dispares como: Juan Luis Cebrián, José Luis Abellán, Rosa Montero, Francisco Ruiz-Ramón, Francisco Ayala, Rafael Conte, Pilar Miró, Raymond Carr, Manuel Fraga Iribarne y Richard P. Gunther.

³⁵ Ortiz, Lourdes, *Arcángeles*. Barcelona, Plaza y Janés, 1986, p. 34.

³⁶ Montero, Rosa, *Crónica del desamor...*, op. cit., p. 45.

³⁷ Naval, María Ángeles, “La crítica sentimental de la transición española. Retóricas literarias para el disenso democrático”, en Naval, María Ángeles y Carnadell, Zoraida, *La Transición sentimental. Literatura y cultura en España desde los años setenta*. Madrid, Visor Libros, 2016, p. 109. Énfasis en el original.

te todo lo que vivió fue falso. Han luchado por valores que hoy se tambalean y quizá empiezan a sentir que algo les ha sido robado, oculto bajo el corte perfecto de un chaleco a juego o bajo una corbata de seda italiana”³⁸.

Queda reflejada en estas novelas una generación que prescinde de sus ideales para ocupar puestos de poder y que poco a poco va creando un aparente vacío ideológico. Descrito bajo esta luz por Natalia —la protagonista de *Tiempo de cerezas* de Roig— tenemos a su hermano Luís:

“Lluís, con un “Torres” diez años en la mano, decía que tanto unos como otros eran políticos de la vieja escuela. Lo que la gente quiere es vivir bien y con comodidad. [...] lo que cuenta es la política del “bienestar”. [...] Se acabó eso de no poder saludar más que de dos maneras, con el puño en alto o con la mano extendida. [...] esos cuatro exaltados que se echan a la calle lo estropearán todo y no acabaremos de entrar en el Mercado Común”³⁹.

El personaje habla como si entrar en el Mercado Común no fuera un acto surgido de una ideología; sin embargo, la visión de la narradora llena de contenido político sus palabras y anula esa intención de vacío. Lluís reproduce aquí la narrativa del consenso, una narrativa que aparenta la aniquilación de todo conflicto y que traza en 1975 una línea de corte en la historia del estado impidiendo volver la vista atrás e imponiendo lo que Eduardo Subirats llama “el espectáculo maravilloso de un futuro emancipado del pasado”⁴⁰.

Las protagonistas/narradoras de Esther Tusquets son expertas en despedazar la imagen de estos hombres pertenecientes al establishment. Tanto Elia en *El mismo mar de todos los veranos* como Elena en *Para no volver* están casadas con un exitoso director de cine llamado Julio que al comienzo de ambas novelas, en medio de un affaire, se hace una escapada romántica. Aunque las relaciones son diferentes, Julio es en ambas

novelas un hombre de la Transición tal como lo hemos visto descrito hasta ahora.

En *El mismo mar de todos los veranos*, Elia hace una identificación entre Julio y su cuerpo y con él, sus complementos:

“el cuerpo de Julio muy cerca de mi cuerpo —el traje impecable de Julio quiero decir, sus sienes plateadas (y eso de sienes plateadas parece una expresión inventada exprofeso para Julio), su tenue perfume a colonia inglesa y a tabaco americano—”⁴¹

para continuar la descripción con una clásica extensión del cuerpo masculino, su coche:

“ha bajado del coche —uno de esos coches despampanantes y ostentosos que parece le obliguen a uno a decir algo, y ante los cuales yo nunca sé qué decir, porque sólo se me ocurren, y esto me pasa a menudo con Julio, las frases de un spot televisivo”⁴².

Volvemos aquí al espejismo del anuncio de televisión. En este mundo, hecho por y para hombres como Julio, Elia —una narradora por otro lado perfectamente articulada— no sabe qué decir. Esta vaciedad se reproduce en las películas del director, que de acuerdo con Elia son:

“en absoluto verosímiles [...] como vacías de carne o privadas de columna vertebral, como si no trataran jamás de hombres y mujeres, como si las mismas películas no existieran demasiado”⁴³.

Julio y sus películas son una parte tan esencial del establishment (paradigma CT) que no existen fuera de él:

“y es que tampoco Julio existe realmente, más que como institución, una institución a nivel nacional, invención de unos críticos y un público que le necesitan tal vez para justificar y afianzarse en unos puntos que a mí tampoco me conciernen”⁴⁴.

En *Para no volver*, Elena —a diferencia de Elia— sí admira el trabajo de Julio pero le recrimina haber abandonado sus principios para caer en “la tentación de agradar a los otros, de ser aplaudi-

³⁸ Montero, Rosa, *Crónica del desamor...*, op. cit., pp. 88-89.

³⁹ Roig, Montserrat, *Tiempo de Cerezas*. Barcelona, Plaza y Janés, 1986. Edición original en catalán: *El temps de les cireres*. Barcelona, Edicions 62, 1976, pp. 63-64.

⁴⁰ Subirats, Eduardo (ed.), “De la transición al espectáculo”, en “Dossier: Anatomía de la Transición”, *Qui-mera: Revista de literatura*, 188-189 (2000), p. 21.

⁴¹ Tusquets, Esther, *El mismo mar de todos los veranos*. Barcelona, Lumen, 1978, p. 203.

⁴² Idem.

⁴³ Ibid., p. 207.

⁴⁴ Ibid., p. 208.

do por los otros, y llegar así a un compromiso, a una componenda⁴⁵. A través del contraste entre Julio y Eduardo –amigo y amante ocasional de Elena–, se establece cuál es el precio del éxito en un estado cultural patrocinado. Aunque la autenticidad de Julio y su capacidad para hacer buenas películas se ven comprometidas, es un director de prestigio. Sin embargo, Eduardo es “un caso límite de invisibilidad”⁴⁶ porque como pintor jamás considera “si va este cuadro a gustar o a no gustar, y qué podría introducir o eliminar o modificar para que gustara un poco más”⁴⁷. En la novela, Eduardo representa al artista genuino, al que Julio le envidia:

“esa entrega absoluta, ese sacrificio total en aras de una pasión exclusiva, la pintura, como un fin en sí misma, no como un medio para conseguir dinero, notoriedad, mujeres, halagos, un cachito incluso de inmortalidad”⁴⁸,

precisamente todo aquello que estos hombres de la transición no solo buscan, sino que acaba siendo parte de su misma posibilidad de existir.

A través de la descripción de estos hombres de la Transición, el espíritu del consenso se revela como una representación constante y desproblematizada. Como explica Alberto Medina refiriéndose al proceso político: “[s]e trata fundamentalmente de ‘representar’ el consenso ante los españoles y construir un esquema espectacular de cohesión social”⁴⁹. Con ecos de esta élite política autodesignada como representante del total de la población, encontramos en estas novelas a una élite no solo política, sino también social y artística, responsable de lo que Medina denomina con sarcasmo “el feliz mundo del consenso”⁵⁰. Estas novelas destapan la naturaleza especular e ilusoria de este mundo, no solo revelando la hipocresía de estos personajes y los aspectos ideológicos que éstos intentan ocultar bajo una apariencia de vacío, sino también señalándolos como una minoría e insistiendo en

⁴⁵ Tusquets, Esther, *Para no volver*. Barcelona, Lumen, 1985, p. 126.

⁴⁶ *Ibid.*, p. 127.

⁴⁷ *Ibid.*, p. 133.

⁴⁸ *Ibid.*, p. 135.

⁴⁹ Medina Domínguez, Alberto, “De la emancipación al simulacro: la ejemplaridad de la transición española”, en Subirats, Eduardo (ed.), *Intransiciones: crítica de la cultura española*. Madrid, Biblioteca Nueva, 2002, p. 28.

⁵⁰ *Ibid.*, p. 30.

aquello, aquellos y aquellas que quedan fuera del discurso hegemónico⁵¹.

Volviendo ahora a la periferia, nos encontramos con personajes sin futuro, excluidxs de la sociedad, heroinómanxs, camellos, prostitutas y chaperos, seropositivxs, etc. En *Arcángeles*, un personaje denuncia abiertamente esta exclusión:

“No hay trabajo, nene, ni para ti, ni para mí, ni para nadie... ¿De qué vas a encontrar? Ni para barrer las calles nos necesitan... *Sobramos* y yo no tengo la culpa, ni tú tampoco, de haber llegado tarde al festín, sobre todo cuando sé el modo de salir de esta basura”⁵².

El “modo” al que se refiere este personaje es el tráfico de drogas a pequeña escala y la prostitución, ambos negocios sólidos en un submundo de proveedorxs en un festín al que no han sido invitadxs. Estos *otrxs* y su forma de ganarse la vida proveyendo a aquellos que tienen algo que celebrar no solo contradice la naturaleza de la “fiesta de la democracia” sino que también evidencia la doble moral en la que esta democracia se sustenta.

La heroína (como la violencia) es un tema directamente conflictivo y por tanto generalmente desterrado del canon. Montero advierte en el congreso citado:

“El uso de drogas duras se extiende por la juventud española como la pólvora, y parecería que el Gobierno no quiere cortar el problema o cuando menos no se interesa en él”⁵³.

Aunque distintxs críticxs ya abordaron el tema oportunamente⁵⁴, la adicción y la severidad de sus consecuencias puede verse mejor y más intensamente representada como experiencia tanto individual como colectiva a través de la literatura. En *Arcángeles* de Ortiz, Gabriel llega al piso de unxs amigxs y se sorprende de la desesperación de sus cuerpos que envejecen dema-

⁵¹ La tensión entre conciencia social e individualismo es una parte esencial de la transición, que se resolvió en lo que Subirats denomina como un proceso progresivo de “despolitización de la sociedad y estetización de la política” (*Ibid.*, p. 22).

⁵² Ortiz, Lourdes, *Arcángeles...*, op. cit., p. 154. El énfasis es mío.

⁵³ Montero, Laura, “La marginación...”, op. cit., p. 49.

⁵⁴ Ver por ejemplo la aportación Vilarós, Teresa, *El mono del desencanto...*, op. cit.

siado rápido. Muy conscientes de su posición de *outsiders/víctimas* del sistema, estxs personajes reclaman su derecho a ser consideradxs parte integrante de la sociedad, a pesar de las inconveniencias que esto causaría al status quo:

“ella ríe: ‘no somos apestados’, dice, no apestados y el temblor de su cuerpo disminuye, cuerpo de foto para turistas, de Auschwitz casero para sobresalto de europeos acomodados y americanos con conciencia tranquila se extiende a través de la alfombra mugrienta de vomitonas y de gotitas transparentes, coaguladas de una sangre delatora y ya vieja, apenas coloreada”⁵⁵.

En estas novelas se denuncia que lxs grandes excludixs del proceso de transición, aparte de las mujeres en general y de la población más marginal en particular, son paradójicamente aquellxs que lucharon por hacer posible la llegada de la democracia. Aunque la lucha anti-franquista fue públicamente reconocida durante la Transición, el discurso hegemónico arguyó que los conflictos que le dieron origen habían finalizado, por lo que no había ya necesidad de prolongar su actividad. El estado democrático se sustentó sobre mecanismos formales, en lugar de sobre el activismo y la movilización social, y los *padres de la Transición* (Juan Carlos de Borbón, Adolfo Suárez, Felipe González, Santiago Carrillo, etc.) fueron declarados los arquitectos del milagro. Se produce de este modo un proceso de despolitización: con el simulacro del consenso, el parlamento se convierte en metáfora (y no en metonimia) de la sociedad. En palabras de Xabier Arzalluz:

“esto que pasa en este hemisferio, donde se sientan gentes que han padecido largos años de cárcel y de exilio junto a otros que han compartido responsabilidades de gobierno y de Gobiernos que causaron esos exilios o esas cárceles, es la imagen de la realidad de nuestra sociedad”⁵⁶.

Como bien afirma Sara Ahmed hablando sobre el sacrificio y el sufrimiento en contextos políticos:

“[t]he differentiation between forms of pain and suffering in stories that are told, and between those that are told and those

that are not, is a crucial mechanism for the distribution of power”⁵⁷.

Lo que el discurso hegemónico del consenso hizo fue equiparar el sufrimiento de toda la población, permitiendo que se apropiaran del poder aquellos que estaban en él representados. De hecho, y muy al contrario de lo que afirmaba Arzalluz, el parlamento no fue ese fiel reflejo de la sociedad que se quiso hacer ver⁵⁸.

Aunque esta manera de narrar a lo Victoria Prego perdura, más y más historiadorxs hoy en día están de acuerdo en afirmar que sin la labor de lxs militantes políticxs las reivindicaciones democráticas no hubieran tenido eco entre más amplios sectores de la sociedad:

“la conflictividad social y la acción de los grupos antifranquistas, si bien no provocaron el derrumbe de la dictadura, contribuyeron decisivamente a erosionarla tan profundamente que, en 1975, las tentativas continuistas resultaban inviables. De igual manera, manteniendo una fuerte presión a lo largo de 1976 la movilización social contribuyó, también decisivamente, a hacer posible la instauración de un régimen democrático en España. Nada más, pero nada menos”⁵⁹.

Frente a la intención despolitizadora del discurso hegemónico, las novelas de estas autoras subrayan los costes sociales de esa parte de la población que luchó activamente contra la dictadura y la falta de recompensa por sus sacrificios. Nuestras autoras sacan a la superficie los diferentes flancos de esta lucha para la democracia, unas veces mencionando y otras describiendo con detalle las huelgas de lxs trabajadorxs, el movimiento estudiantil y las protestas universitarias, la actividad de las asociaciones vecinales, las manifestaciones de los grupos feministas, la labor de lxs intelectuales antifranquistas... Por un lado, en sus novelas logran representar la complejidad de la sociedad española a través de historias in-

⁵⁵ Ortiz, Lourdes, *Arcángeles...*, op. cit., p. 137.

⁵⁶ Cit. en Molinero, Carme, “La política de reconciliación nacional. Su contenido durante el franquismo, su lectura en la Transición”, *Ayer*, 66 (2007), p. 221.

⁵⁷ Ahmed, Sara, *The Cultural Politics of Emotions*. Edinburgh, Edinburgh University Press, 2004, p. 32.

⁵⁸ Si esto fuera así, no se insistiría hoy en la recuperación de la memoria histórica ni en la necesidad de revisión de la historia de la Transición, y estas cuestiones no despertarían las pasiones que aun hoy despiertan.

⁵⁹ Molinero, Carme y Ysàs, Pere, “La historia social de la época franquista. Una aproximación”, *Historia Social*, 30 (1998), p. 154.

dividuales que representan metonímicamente las luchas colectivas. Por otro, haciendo visible que unas historias no son equivalentes a otras, rompen la ecuación de sufrimiento y sacrificio que a su vez desenmascara y cuestiona la distribución del poder.

Los personajes que más directamente ilustran esto son lxs miembrxs del PC. En las novelas se diferencian claramente tanto el papel que hombres y mujeres ejercen dentro de la lucha anti-franquista como el desencanto que unos y otras sufren una vez que la lucha queda anulada dentro del marco discursivo del consenso. Los hombres se perciben en su mayoría como los grandes perdedores. Son los que sufren torturas directas y los que muestran su frustración más abiertamente al no obtener nada a cambio. Carlos, en *Arcángeles*:

“recibió las patadas en los testículos, las descargas eléctricas, la presión insoportable en las ingles; Carlos fue aquel que vivió desde los diecinueve años hasta los veinticinco en Carabanchel, esperando revoluciones liberadoras, movimientos de salvación, chinos, trotskistas, emeele y un largo etcétera de buen chico que sabe perderlo todo [...] pasa ahora la sierra mecánica sobre patas de conglomerado para mesas de piso dormitorio de un bienestar a la española de los años ochenta, ése que no volvió a pensar en Hegel, ni releyó a Hölderlin, ni pudo sentarse en escaños gloriosos”⁶⁰.

En *La hora violeta* de Montserrat Roig, Jordi y Ferrán (relacionados sentimentalmente con las tres mujeres protagonistas: el primero es marido de Agnes y amante de Natalia y el segundo está casado con Norma) insisten a lo largo de la novela en que la afiliación al partido es una obligación moral: “yo soy comunista por ética”⁶¹ dice Jordi, y Ferrán:

“[S]oy comunista por ética, había dicho a Norma por la mañana, y no puedo faltar a la reunión. Ésta era la razón de que hubiera estado en la cárcel, de que hubiera soportado las torturas de la Policía. Por ética”⁶².

Ambos participan en las discusiones internas del partido con la esperanza de ser testigos de

una “ruptura” que, como sabemos, nunca llegó. Queda a la vista así la distancia progresiva que se fue formando entre los líderes del partido y sus bases a la hora de tomar decisiones durante el proceso. Son las mujeres, desde su posición ambigua, las que detectan mejor el simulacro y toman distancia. La falta de fe y el progresivo desapego se refleja en las palabras de Norma que observa la percepción ilusoria de Ferrán:

“La otra noche, Ferrán entró en casa gritando. No era ésa su costumbre y me extrañó. ¡Hemos ganado!, me dijo. No sé si fue en aquel momento cuando me di cuenta por primera vez que su lucha ya no era la mía”⁶³.

En la novela se entiende que las discusiones son entre tácticas del partido a la hora de posicionarse en el proceso. Ferrán (como Jordi) defiende el leninismo frente al eurocomunismo, y aunque cree que gana la discusión, sabemos que en realidad la pierde. En un monólogo interno, Natalia se dirige a Jordi:

“la crisis estalló cuando se legalizó el partido. ¿De qué sirvieron tantos años de lucha y de entrega si la política se convirtió en un asunto sólo para profesionales? Surgieron nuevos militantes que asediaron como buitres los mejores cargos. [...] Y no solamente llegaba la hora de los mediocres, de las tácticas que nos arrastraban al pacto y al compromiso, sino que algunos líderes adquirirían una pátina de crueldad y de mezquindad. ¿Éste es el mundo que habíais soñado, Jordi? ¿Un mundo en el que los sindicatos obreros hacen de apagafuegos de todas las huelgas y los comunistas llevan a la práctica la moral pequeñoburguesa?”⁶⁴.

En última instancia, ese sacrificio de trabajadoras e intelectuales comprometidxs moralmente que impidió la posibilidad de continuidad entre un estado pre- y posfranquista sirvió a algunos líderes para subir peldaños en la nueva jerarquía política durante la Transición y la transición se convirtió así en “cosa de ellos”.

El sacrificio de las mujeres dentro del PC (a pesar de su condición de partido de izquierdas) está regulado a partir de unas relaciones de poder heredadas de las establecidas por y bajo la dictadura. Por eso, el sacrificio dentro del partido

⁶⁰ Ortiz, Lourdes, *Arcángeles...*, op. cit., p. 91. El énfasis es mío.

⁶¹ Roig, Montserrat, *La hora violeta...*, op. cit., p. 70.

⁶² *Ibid.*, p. 185.

⁶³ *Ibid.*, p. 177.

⁶⁴ *Ibid.*, pp. 109-110.

también tiene género. Aquí Roig nos presenta el punto de vista de Agnes, la mujer de Jordi:

“Habían vivido tiempos difíciles. No tenían dinero, Jordi debía desaparecer muy a menudo, así que había una caída de militantes del partido. Nadie como ella sabía lo que significaba compartir horas clandestinas. Dejó de estudiar y se colocó en la guardería. Pero era necesario que Jordi se dedicase a la política, algún día cambiarían las cosas”⁶⁵.

La actividad de la mujer depende así de la actividad del hombre, lo que la fuerza a ella a apartarse, quedando en estado pasivo. Vemos aquí la instrumentalización y disponibilidad total de una Norma adolescente:

“Nueve meses en el papel de mujer de preso [...] Un tiempo sin movimiento, sólo la acción para hacer ver que era una compañera que no se dejaba abatir, siempre a punto, éste era el papel que la resistencia antifranquista exigía a las mujeres de los presos. Esperando el momento de ofrecerse al hombre que estaba al otro lado de las rejas”⁶⁶.

Si los responsables de la lucha antifranquista hicieron posible la idea de un estado democrático, las mujeres en estas novelas hicieron posible la lucha antifranquista.

“Os observaba uno por uno. [...] Sin casa, sin familia, tránsfugas al acecho, fortaleciéndose con virtudes morales que eran muy sólidas. Cualquier clase de debilidad habría sido muy mal vista. Cómo os admiraba. Algunos de vosotros teníais una mujer que os seguía a todas partes. O que sabía esperar”⁶⁷.

Además de prestar atención a las mujeres más directamente involucradas en el activismo, a estas autoras les interesa reflejar el papel posibilitador y relegado al olvido de esa labor mucho más doméstica y afectiva que realizan las mujeres frente a la incapacidad emocional de los hombres.

En 2016, Antonio Muñoz Molina escribió el epílogo de *Engaging the Emotions in Spanish Culture and History*⁶⁸ donde reflexiona lo siguiente:

⁶⁵ Ibid., p. 67.

⁶⁶ Ibid., p. 245.

⁶⁷ Ibid., p. 93.

⁶⁸ Editado por Luisa Elena Delgado, Pura Fernández y Jo Labanyi, este volumen forma parte de lo que desde mediados de los 90 se ha denominado dentro de los estudios culturales y la teoría crítica “giro afectivo” y

“emotional displays and the Spanish Civil War were not fashionable topics for novels at that time, the cheerfully forgetful mid-1980s. Many years later the war would become an enduringly hot topic in Spanish letters and cinema, but what has remained not so common are human emotions”⁶⁹.

Puedo afirmar sin argumentar demasiado que Muñoz Molina se refiere específicamente a autores. Más adelante se queja de cómo para estos era entonces una apuesta segura “to do away with sentimental conventions”⁷⁰, y centrarse en cambio en los aspectos más abiertamente políticos. Para ilustrar esto, compara a los directores François Truffaut y Jean-Luc Godard: mientras Truffaut usaba su cine como soporte de sus confesiones más íntimas, Godard se burlaba de él por no ser lo suficientemente ideológico. Aliñándose él mismo con Truffaut, la intención de Muñoz Molina es posicionar sus propias obras en este espacio tan arriesgado de las emociones. Mientras otros autores escribían, dice, “to qualify as cool”⁷¹ –trabajando con un material narrativo más ideológico que sentimental–, él por su parte hacía lo contrario en minoría.

¿Estaba Muñoz Molina en minoría cuando escribía sobre emociones en los 80? El lugar de la sentimentalidad es uno asignado típicamente a las mujeres (incluso en contra de su voluntad). La necesidad de correlación y equilibrio entre lo emocional y lo ideológico es justamente lo que se exige en estas novelas: “¿por qué no son compatibles el amor a las personas y el amor a la Humanidad?”⁷², se pregunta Norma en *La hora violeta*. La sensación de desencanto de las narradoras pasa por el filtro de una liberación sexual que nunca llegó y de unas relaciones afectivas que atribuían poder a los hombres mientras se lo quitaban a las mujeres:

que parte de la idea de que la emoción y la cognición no se pueden separar por completo. Este giro muestra una voluntad de prestar atención a las reacciones y las motivaciones afectivas a la hora de teorizar los aspectos sociales, políticos y culturales del mundo contemporáneo.

⁶⁹ Muñoz Molina, Antonio, “Afterword. Shameless Emotions”, en Delgado, Luisa Elena; Fernández, Pura; Labanyi, Jo (eds.), *Engaging the Emotions in Spanish Culture and History*. Nashville, Vanderbilt University Press, 2016, p. 283.

⁷⁰ Ibid., p. 285.

⁷¹ Idem.

⁷² Roig, Montserrat, *La hora violeta...*, op. cit., p. 244.

“¿cómo podemos luchar por una masa sin rostro? Explícamelo, Jordi. Anoche fallé al hablarte de la felicidad. Entre nosotros no se habla de eso”⁷³,

reclama Natalia. Dado que de la parte más intimista de esta literatura “femenina” ya se han encargado muchos y muy buenos estudios, no me entretendré más que para insistir en la idea de que era y sigue siendo imprescindible para una verdadera transformación socio-política algo que ya hacían estas autoras durante la Transición: denunciar la pervivencia de la educación sentimental nacional-católica y construir en su lugar una contra-educación sentimental feminista.

Ya va siendo hora de aproximarse a la literatura de la Transición en términos diferentes. Hay quien escribió literatura “testimonial” y hay quien no. Quienes no lo hicieron estaban generalmente patrocinados por el gobierno y pasaron a formar parte del establishment apoyando el discurso hegemónico. Fueron estos últimos (ah, por cierto, la mayoría hombres) los que ayudaron a construir esa ilusión de realidad sin conflictos que se reclama con el espíritu del consenso, al tiempo que otros intentaban destruirla. También hubo literatura que dio cuenta del cambio de valores morales a través del trato de las emociones desde un plano relacional (afectivo y sexual) y hubo literatura que no lo hizo (y ah, por cierto, la mayoría de esta última escrita por hombres). Dado que “[l]a lectura de la Transición no es otro episodio de la reconstrucción de una ciudadanía crítica. Es la condición de su posibilidad”⁷⁴, somos los hombres con ganas de transformar la realidad, y las mujeres que reclamamos nuestro lugar en esta transformación, los responsables de no cometer los mismos errores a la hora de re-escribirla y re-narrarla.

⁷³ Ibid., pp. 60-61.

⁷⁴ Monedero, Juan Carlos, *La Transición contada a nuestros padres. Nocturno de la democracia española*. Madrid, Catarata, 2013, p. 42.

